

# Las mutaciones de una disciplina\*

## Marie-Claude Smouts

Marie-Claude Smouts (dir.). **Les nouvelles relations internationales. Pratiques et theories**: Presses de Sciences Po, París, 1998, 409 pp.

## Introducción

DEPLORAR LA DEBILIDAD DE LAS TEORÍAS de las Relaciones Internacionales y su retraso permanente con respecto a la sucesión de los acontecimientos, es un pasatiempo extendido. La disciplina no solamente no supo prever el fin de la Guerra Fría, sino, en un mundo “privado de sentido” y de señales, no podría más que acompañar la dilución de su objeto de estudio, aspirado por lo alto por la globalización y despedazado por lo bajo por los particularismos, situación mínimamente incómoda, como se convendrá. Las Relaciones Internacionales no han tenido jamás sus contornos definidos, y los especialistas que las invocan nunca han llegado a ponerse de acuerdo sobre lo que conviene estudiar. Enfrentan a las disciplinas mejor establecidas como el derecho, la historia o la economía, en el anochecer de su credibilidad. Es más, se confunden con frecuencia con lo que hace un puñado de universitarios que actualmente tienen el viento a su favor en Estados Unidos. Hasta hace poco tiempo, los debates “interparadigmáticos” mostraron una tendencia a evolucionar al ritmo de las preocupaciones de la superpotencia norteamericana, sobre sus modos y estrategias curriculares. Así, las dos teorías dominantes hacia fines de los años ochenta se refirieron, una al neoliberalismo, la otra al institucionalismo. La primera exaltaba los méritos del bipolarismo construido sobre la fuerza y el poder (el mejor sistema para la paz y la estabilidad, según Waltz, cap. 8) y afirmaba, con Gilpin, que ningún cambio trascendente en el sistema internacional ocurriría sin una guerra de por medio. La segunda se sumaba para evidenciar los procedimientos de cooperación funcional, bautizados “regímenes”, en una atmósfera “aséptica, conciliadora o paternalista”, poco adaptada a la lectura del drama que estaba a punto de acontecer. Ni uno ni otro de estos enfoques incitaban

a prestar atención a las dinámicas internas que iban a demostrar ser decisivas en la disolución del bloque comunista y del fin del orden bipolar. El gran politólogo, Karl Deutsch, estaba muy lejos de lo que había profetizado desde 1953: “¡Un derrumbe de las sociedades comunistas de Europa del Este en los años setenta y ochenta, en razón de sus tensiones y contradicciones intrínsecas!” <sup>[1]</sup>

Estos dos defectos de la disciplina –imprecisión del objeto y peso del americanocentrismo– son conocidos desde hace mucho. No deben enmascarar lo esencial. A pesar de todas sus dificultades, la disciplina de las Relaciones Internacionales ha progresado considerablemente desde hace cinco décadas; no solamente se ha enriquecido en los últimos años, sino que ha sido abordada desde perspectivas diferentes y se encuentra en profunda renovación. Pero, ciertamente, no permite prever con toda seguridad el porvenir. Un obstáculo para su definición como “ciencia” será siempre el enorme número de variables a considerar. Pero, para quien se quiere servir de ella, ofrece un corpus de problemáticas, de conceptos organizadores que permiten comprender y explicar las nuevas configuraciones de los actores y, de ahí, deducir las grandes tendencias del mundo.

El objetivo de esta obra es presentar de manera lo más clara y pedagógica posible lo esencial de este saber acumulado y de aplicarlo a las grandes preguntas de hoy en día. No intentar reseñar las diferentes escuelas ni a los principales autores; para ello abundan los manuales en inglés y lo saben hacer mejor que otros. <sup>[2]</sup> Intenta recuperar las grandes evoluciones de la escena Internacional. Mostrar, con algunas herramientas conceptuales, los problemas actuales que son aprehendidos y pueden ser analizados. El enfoque elegido no es indiferente. Los autores aquí reunidos representan tres generaciones de internacionalistas que trabajan en el marco del Centro de Estudios e Investigaciones Internacionales (CERI) de la Fundación Nacional de Ciencias Políticas de Francia, un centro de investigación en ciencia política en el que no ha existido la ruptura disciplinaria entre las Relaciones Internacionales y los estudios de área o áreas culturales (*area studies*), entre los sistemas políticos internos y la sociología de lo internacional. La costumbre de trabajar juntos sobre proyectos que van aumentando en número, pero conservando siempre los diferentes espacios y las diferentes dimensiones de

lo político, ha favorecido una visión común de la disciplina, lo que permite separar de manera completamente natural un cierto número de problemáticas recurrentes en el análisis de las Relaciones Internacionales. La del objeto, por lo pronto. Para los autores de este libro, el objeto de las Relaciones Internacionales es el funcionamiento del planeta, o, para ser más precisos, la estructuración del espacio mundial por las redes de interacción sociales. Esta elección primordial resuelve la sempiterna pregunta del nivel de análisis hecha desde decenios acerca del objeto: <sup>[3]</sup> ¿cuáles son las unidades de análisis que se deben conservar?, ¿los individuos?, ¿las administraciones?, ¿los Estados nacionales?, ¿las fuerzas transnacionales?, ¿los organismos no gubernamentales?, ¿el sistema internacional?... No se elude el intrincado problema de las relaciones entre las unidades y las estructuras, <sup>[4]</sup> pero se plantea de distinto modo, de manera dinámica, en términos de trayectorias, de transferencias y de interpenetraciones. De la capacidad explicativa del juego de interacciones consideradas se desprenderá la elección de actores que deberán ser considerados, y no a la inversa (Colonomos). El método es claramente sociológico y admite una parte de constructivismo, si se entiende por eso que la sociedad mundial y sus diferentes componentes se construyen mutuamente y que las relaciones internacionales no existen solamente por el contenido, los procesos y los efectos de las interacciones, sino también por la mirada que está puesta en ellas (Santiso, Bigo). Implica también observar las concatenaciones antes que las rupturas, lo que conduce a relativizar el impacto del fin de la Guerra Fría sobre la evolución del sistema internacional (Laïdi, Bigo, Salamé), pero también a preguntarse a contrario: ¿puede haber una estrategia dónde no hay más que interacción? (Le Gloanec).

### *Los debates inconclusos*

La afloración de los “neo...” y de los “pos...” en los análisis de las Relaciones Internacionales podrían dar razón a los que no dejan de afirmar que no hay nada nuevo bajo el sol y que todo se ha dicho, por ellos de preferencia, desde hace tiempo. Pero, antes de intentar hacer que quepan las situaciones nuevas en los esquemas viejos, nos ha parecido más interesante abordar de frente los nuevos

paradigmas y confrontarlos a las realidades del momento, sin descuidar la historia de las ideas ni lo que corresponde a las filiaciones intelectuales. Las Relaciones Internacionales, en efecto, se construyen más por agregados sucesivos que por avances significativos. Los principales paradigmas –es decir, los principios generales a partir de los cuales trabajan los especialistas– son aquellos alrededor de los cuales se encuentra una parte influyente de la comunidad científica en un momento dado, pero no se trata de que un conjunto de proposiciones haya conseguido la unanimidad. A diferencia de otras disciplinas, las Relaciones Internacionales jamás han visto cerrarse ninguno de los debates nacidos en su seno.

Así, periódicamente, se ve actualizado el debate que comenzó en la época de la segunda Guerra Mundial entre “realistas” e “idealistas” (Smouts). Actualmente, a los “neorrealistas” aparecidos en la década de los setenta se oponen los “neoidealistas”. Los primeros persisten en hacer del Estado el actor esencial de las relaciones internacionales, y del poder el factor estructurante del sistema mundial. Consideran siempre que la competencia es la esencia misma de las interacciones internacionales, y que nada ha cambiado en la forma en la que los Estados persiguen sus objetivos desde el siglo XIV. Los segundos, ponen el acento sobre aquello que permite a los actores colectivos cooperar a través de las fronteras y por encima de las nuevas formas de “gobernación” (*gouvernance*). A este primer enfrentamiento entre internacionalistas, se agrega la división generada a partir de la muy ruda ofensiva desencadenada en los años cincuenta por los “behavioristas” cuantitativistas contra los “tradicionalistas”. Coincide entonces la llegada de una nueva generación en el mundo académico con la aparición de las computadoras. Gracias a los recursos de la informática, es posible utilizar las herramientas matemáticas y los métodos de las ciencias exactas, reemplazando el laboratorio por la simulación hecha en la computadora, y, finalmente, es posible pretender elevar a las Relaciones Internacionales al rango de verdadera ciencia. Los “tradicionalistas” cercanos a la “escuela anglosajona” y los que juzgaban, con Raymond Aron, que la multiplicidad de los objetivos perseguidos simultáneamente provocaba que la indeterminación de los actores se considerara demasiado importante para que fuera posible una verdadera teoría, con premisas, hipótesis y leyes (Hoffmann, Hassner), eran tachados de positivistas

trasnochados, incapaces de hacer Ciencia. La disputa dividió a los departamentos académicos y no se apaciguó en una suerte de coexistencia pacífica sino hacia fines de los años setenta. Se le ve ahora reiniciar con más fuerza. Probablemente la rarefacción de los recursos financieros no es ajena a la necesidad de sazonar las demostraciones con curvas y ecuaciones. Sería garantía de seriedad científica el empleo de fórmulas matemáticas y de técnicas sofisticadas. Pero hay algo mucho más interesante. Más allá de la competencia feroz por obtener cargos y puntos, se plantea una verdadera pregunta de filosofía de las ciencias, siempre la misma desde hace 50 años. El reto epistemológico va mucho más allá de la definición de un método apropiado. Lo que se plantea es toda la problemática de la racionalidad y de la objetividad. <sup>[5]</sup> Se ha reactivado la importancia del sujeto, algunas veces de manera caricaturizada, por los autores posmodernos más radicales, para quienes, de todas formas, todo no es más que construcción social, discurso, textos a descubrir, subtextos a desconstruir. <sup>[6]</sup> Esta controversia nutre lo que Lapid ha llamado el “tercer debate”. <sup>[7]</sup>

El movimiento behaviorista no debe ser completamente confundido con el enfoque cuantitativista. El estudio del comportamiento de los actores es una elección del objeto. El enfoque cuantitativo es una elección de método. <sup>[8]</sup> Si este último no satisfizo todas las esperanzas puestas en él, en compensación, el hecho de poner el acento sobre los estudios de comportamiento ha hecho progresar considerablemente el conocimiento de las Relaciones Internacionales. Esta primera brecha en el análisis estatocéntrico, hasta entonces único, quebró la imagen del Estado como actor unitario racional para materializar el peso de las administraciones, el papel de las representaciones, la influencia de los factores psicológicos en la conducta de las políticas exteriores (Cohen). El enfoque behaviorista ha permitido también introducir el saber de otras disciplinas en el análisis de las Relaciones Internacionales: la teoría de sistemas para el estudio del sistema interestatal (Kaplan), la sociología de las organizaciones para el estudio de la toma de decisiones en política exterior (Allison, Helperin), la psicología para las patologías de la cognición (Jervis, Janis), la antropología política y la sociología de los movimientos sociales para las relaciones transnacionales y para la

articulación de las dimensiones interna-externa (local-global) de la política internacional (temas explorados hoy en día por las revistas *Millenium* en Gran Bretaña y *Cultures et conflits* en Francia). Brevemente, este movimiento ha contribuido a la toma de consciencia del hecho de que las Relaciones Internacionales estaban hechas por seres humanos y no por entidades abstractas. La “escuela anglosajona”, desde su posición, ha contestado muy pronto los postulados realistas y ha propuesto una visión más matizada del sistema internacional. <sup>[9]</sup> Para sus autores (muy diferentes, de origen rumano o australiano, y sin tener más en común que el hecho de escribir o de enseñar en Inglaterra), las luchas de poder no excluyen las instituciones comunes, se trata particularmente de la gestión funcional de dominios de interés colectivo (Mitrany). La anarquía se encuentra atemperada por las reglas. A nombre del interés bien comprendido, lleva en sí misma las posibilidades del orden y se puede hablar de “sociedades de Estados” o de “sociedad internacional”. Según Bull, este orden internacional reposa sobre cinco instituciones: el equilibrio de poder, el derecho internacional, la diplomacia, la guerra (en la medida en que el uso de la fuerza obedece reglas preestablecidas y sirve a fines colectivos), y el club de las grandes potencias. Evidentemente, este enfoque mantiene todavía su visión estatocéntrica. John Burton va más lejos y propone un modelo en forma de telas de araña (cobweb) tejido de innumerables flujos comerciales, movimientos de población, cambios culturales, relaciones entre pueblos y ciudades, interacciones sociales entre comunidades. Unas son más sólidas que otras, más concentradas y estrechas en ciertos ambientes, más flojas y extensas en otros. La superposición de millones de estas telas de araña que cubren la superficie del planeta componen el mapa de la “Sociedad mundial”.

¿Puede ser aplicada la noción de sociedad también a un conjunto conflictivo y contrastante? Los trabajos del sociólogo e historiador Michael Mann ofrecen los argumentos a quienes no les desagrada una idea semejante. <sup>[10]</sup> En su monumental historia del poder, rechaza la visión de la sociedad como un todo unitario y sin problemas, y la define como “múltiples redes de poder organizadas y de interacciones que se encabalgan y se entrecruzan: la historia y la estructura de las sociedades se expresan en términos de interrelaciones entre las cuatro

fuentes del poder social: ideológico, económico, militar y político” (pp. 1-3). (No difiere demasiado de la definición de potencia “desterritorializada” elaborada por Susan Strange.)

En Estados Unidos, Keohane y Nye fueron los primeros que directamente osaron desechar el paradigma estatocéntrico, “inadaptado al estudio de las transformaciones de la política mundial”, para proponer su propio paradigma de “política mundial” (*world politics paradigm*). Su primera obra, *Transnational Relations and World Politics*, demuestra el surgimiento de actores transnacionales autónomos que mantienen sus propias políticas exteriores y que pueden oponerse deliberadamente o poner obstáculos a las políticas ejercidas por los Estados. El “paradigma pluralista” está formado por el grupo de corrientes teóricas que consideran al mundo como un conjunto de relaciones multicentradas, en las que los actores no estatales ocupan un lugar importante.

Según Michael Banks, cuya categorización ha llegado a ser la vulgata de toda introducción de las teorías de las Relaciones Internacionales, después del “paradigma realista” que está interesado por los Estados, el poder, la competencia y la guerra; después del “paradigma pluralista” que se interesa en la cooperación y en las interacciones entre los actores públicos y privados de la sociedad mundial, vendría un tercer paradigma, el “paradigma estructuralista”. De manera muy arbitraria, todos los enfoques que consideran como causa las estructuras del orden establecido están situados en esta categoría: las escuelas de la dependencia

de los años sesenta y setenta; <sup>[11]</sup> la *Peace Research*, lanzada por Galtung a mediados de los años sesenta; los trabajos de Robert Cox en las últimas décadas. Los dos primeros han aportado un punto de vista heterodoxo, profundamente teñido de neomarxismo, proclamando que la diferencia entre los Estados no era una diferencia de recursos y de capacidad, como lo sostenían los realistas, sino que la estructura misma del intercambio internacional traducía un imperialismo portador de desigualdad y fuente de violencia. Su gran aportación fue reventar los límites espaciales del sistema internacional, hasta entonces constreñidos a las fronteras interestatales y a las consideraciones geoestratégicas bipolares, subrayando los efectos políticos y sociales de los procesos de producción y de la división internacional del trabajo a escala planetaria. También hicieron estallar los límites temporales mostrando que desde el nacimiento del capitalismo se

había puesto en marcha un sistema global, léase desde la antigüedad y desde el paso al modo de producción feudal. Actualmente, los trabajos de Stephan Gill se inscriben en esta perspectiva y buscan en la larga duración las diferentes fases de un orden global modelado por las fuerzas sociales, estructuradas también ellas mismas en la economía mundial por las relaciones entre el capital y el trabajo. En la corriente contemporánea de la teoría crítica, Robert Cox se mantiene como uno de los más innovadores. Se le debe principalmente haber introducido el pensamiento gramsciano en las Relaciones Internacionales, <sup>[12]</sup> de haber precisado la noción de estructura hegemónica y de haber contribuido a la renovación de los estudios sobre el multilateralismo en los que se incluyen los grupos sociales y los diversos componentes de la sociedad civil (Smouts). De este modo, los términos del debate entre estos tres paradigmas estaban planteados desde finales de los años setenta, incluso Olson y Groom han hecho notar que ya estaban propuestos desde el siglo xix. Durante toda una década, la disciplina pareció estancada, encerrada en tres lógicas paralelas que no se resolvían en ninguna dirección novedosa.

La aparición de un “cuarto debate”, que estuvo muy en boga en los años noventa, no ha permitido renovar los argumentos verdaderamente. Su principal interés es el de sintetizar a todos los debates, en una forma más contemporánea. Esta vez, la polémica enfrenta a los titulares del enfoque en términos de “elección racional” (*rational choice*), que han dominado la disciplina en los años ochenta y triunfado a partir de la teoría de los regímenes (Smouts), con todos los demás, clasificados sin orden alguno dentro de la categoría “atrapado” de los “constructivistas”, donde se mete todo a la vez; los posmodernos desconstructores, por principio, como a los que afirman tímidamente que la investigación de la elección óptima y la racionalidad de los juegos de cooperación no es quizá pertinente para comprender qué pasa en Kosovo o en la región de los Grandes Lagos, que las Relaciones Internacionales son también asuntos de percepciones, de reinenciones subjetivas, de identidades imaginadas, y que demandan estudios sólidos desde las raíces para identificar a los actores y descifrar sus motivaciones. Seguramente ya se habrá adivinado que los autores de esta obra están más próximos a esta última posición que a aquélla.

En un contexto intelectual de una cierta morosidad, la obra de Susan Strange,



*States and Markets*, luego de la de James Rosenau, *Turbulence in World Politics*, finalmente llegó a revolver el paisaje. Por una parte, Susan Strange sintetizó de manera magistral la economía y la política. Su definición de la Economía Política Internacional (epi, Coussy) es un verdadero programa de investigación para las Relaciones Internacionales: “La EPI tiene por objeto las organizaciones sociales, políticas y económicas que afectan a los sistemas mundiales de producción, de intercambio y de distribución, así como el conjunto de valores que se reflejan en ellos. Estas organizaciones no están ordenadas por la divinidad, ni son el fruto de un ciego azar. Son el resultado de decisiones humanas tomadas en el cuadro de instituciones creadas por los hombres y del conjunto de reglas y de prácticas construidas por ellos.” (p. 18.) Por otra parte, James Rosenau problematizó de manera inédita la dialéctica del orden y del desorden (las “turbulencias”) en la política mundial. Mostró cómo las grandes estructuras de la política mundial eran transformadas por lo que pasaba en el nivel interno (erosión de las estructuras de autoridad tradicionales, desplazamiento de lealtades, fragmentación de colectividades, ascensos al poder de subgrupos en detrimento de los Estados) y desarrolló la tesis de una “bifurcación” del sistema internacional en la “coexistencia de un sistema estatocéntrico y de un sistema multicéntrico igual de poderoso, pero más descentralizado” (p. 11). [\[13\]](#)

De manera significativa, estas dos obras fueron acogidas mejor en Europa, especialmente en Francia, que en Estados Unidos. La señal que dieron estos dos veteranos de la disciplina era, en consecuencia, el signo precursor de la vuelta hacia las explicaciones causales profundas.

### *Las nuevas perspectivas*

¿Nos acercamos al fin de las Relaciones Internacionales? La pregunta no puede ser más abstracta. Un cada vez mayor número de textos reemplaza la fórmula “Relaciones Internacionales” por “política mundial” (global politics), dando a entender por ello que el juego de poder y el ejercicio de la autoridad no se definen, ya más, al interior de las fronteras nacionales y que la división tradicional entre Estados y actores no estatales ya no es pertinente. La crisis del paradigma fundador de la disciplina –la competencia anárquica entre Estados

soberanos organizados territorialmente— ha desencadenado consecuencias que amenazan con modificar las visiones del mundo y los programas de investigación. Es, a la exploración de estas nuevas direcciones, a lo que convida esta obra.

Primera atestación: el llamado sistema westphaliano no se ha derrumbado sino se ha transformado, el Estado no ha desaparecido, sólo que ya no tiene el mismo sentido (Badie). El poderío clásico, territorial y político militar, se ve arremetido por los juegos informales que son animados por los recursos con los que el Estado debe constituirse. Las funciones de regulación económica son transferidas en buena parte a las organizaciones internacionales, e incluso a los actores privados (Coussy). La era de la monopolización de la guerra por parte de los Estados que, por otra parte, no fue exclusiva jamás, y no representa más que un largo paréntesis histórico, se ha cerrado, y la relación entre violencia y política ha cambiado de manera fundamental (Bigo). En estas nuevas condiciones, el Estado no puede ser un fin en sí mismo. Sus funciones no son ya —o en todo caso, no son ya exclusivamente— las de encarnar una colectividad, sino las de servir a una comunidad humana globalizada e interdependiente. El Estado está para atender el aumento de los retos éticos referentes a los recursos humanitarios o ecológicos más o menos promovidos por los movimientos sociales (Colonomos). La teoría de las Relaciones Internacionales unida a la teoría del contrato social (Badie), tiene una dimensión normativa y no sobrepasa ni a la ciencia política ni a la filosofía política (Hassner).

Más que la coexistencia de dos sistemas, el estatocéntrico y el multicéntrico, descrita por Rosenau, la que pretende regir es la interpenetración de dos sistemas, hecha de concurrencia y complicidad. El análisis de la toma de decisiones en política exterior muestra que los aparatos de Estado están mal preparados (Cohen) para un panorama semejante. La empresa es aún más difícil porque la relativización del principio territorial ha multiplicado los espacios en los que se pueden expresar las aspiraciones y las elecciones políticas. La relación entre las reivindicaciones identitarias y el territorio es particularmente compleja. Por una parte, la multiplicación de los espacios creados por la globalización (particularmente los espacios de comunicación) tiene por efecto debilitar las relaciones del ciudadano con respecto al Estado; por otra, las reivindicaciones nacionalistas empujan a la consolidación de espacios políticos inscritos en una

realidad territorial, que la mayor parte del tiempo se redefinen e inventan (Dieckhoff, Jaffrelot).

Las construcciones regionales, con la Europa comunitaria a la cabeza, parecen una respuesta a esta necesidad resentida de nuevos espacios políticos o de conducir las políticas sectoriales que desbordan las fronteras hacia beneficios de sociedades cada vez más independientes, y hacia las que las fuerzas sociales podrían dirigir las expectativas que ya no está en capacidad de satisfacer el Estado-nación. La Unión Europea (UE) ofrece un ejemplo de espacio de “gobernación” y de “redes de acción pública” con una multiplicidad de actores, públicos y privados, que participan en la formulación y en la puesta en marcha de políticas públicas. La UE podría prefigurar el modo de participación ideal entre Estados, redes, profesiones y otros actores sociales. De este modo, la dispersión creciente del poder entre actores cada vez más diversos en el seno de instancias cada vez más numerosas conduce a decisiones “que pueden parecer tanto más opresivas a los ciudadanos que las que son imputables a una institución o a una autoridad claramente responsable” (Lequesne). Se mantiene abierta la cuestión de la representación política en un mundo multicentrado. Está en el corazón de las reflexiones sobre la reforma de las organizaciones internacionales y la construcción de un “nuevo multilateralismo” (Smouts).

Las nuevas visiones del mundo están marcadas por el sentimiento de una formidable compresión del espacio y del tiempo (Postel-Vinay). Para ciertos analistas, no solamente la diferencia entre lo interno y lo externo está superada, sino que estas dos nociones mismas parecen obsoletas. Para pensar las nuevas relaciones mundiales, sería necesario considerar algo más allá de la territorialidad e invertir las proposiciones habituales, como invitan a hacer los “nuevos geógrafos” franceses: es la observación de las interacciones las que definen el espacio de la actividad humana y ya no el lugar dado que define a la sociedad. La geografía ya no será el cuadro fijo de las relaciones de poder, contrariamente a lo que enseñaba la geopolítica. El discurso geopolítico deberá ser examinado a fin de ver cómo funciona el poder de imponer su propia interpretación de la organización espacial de la política. Si la hipótesis es seductora, el paisaje del “más allá territorial” permanece borroso. Por muchos aspectos, el atractivo de la regionalización, de nuevo en boga después de un decenio de pesimismo, cuenta

con el hecho de que permite aventajar la oposición demasiado rígida entre el territorio y las interacciones, y de introducir una dimensión intermedia entre el espacio nacional y el espacio mundial.

La comprensión del tiempo no es menos significativa. El concepto de tiempo mundial ayuda a comprender cómo ciertos acontecimientos hacen converger los procesos lentos para producir nuevas formas de ver el mundo (Laïdi). La problemática agregada reanima la discusión sobre la articulación entre la larga duración y el acontecimiento. Formaliza la idea de resonancia y permite comprender por qué los acontecimientos, en un momento dado, despiertan las representaciones simbólicas y liberan significaciones inéditas que acreditan la idea de una nueva era, de un Antes y un Después. La dimensión sociológica del tiempo mundial permite aprehender, por ejemplo, cómo dos procesos, el fin de la Guerra Fría y la aceleración de la globalización, están “concatenados” y “replicados” para producir una problemática nueva.

¿Señala la globalización el principio de una era posmoderna o, como piensa Giddens, es un proceso de radicalización de la modernidad? Los autores de esta obra son prudentes sobre este punto, y probablemente no estarían de acuerdo sobre el diagnóstico. Pero, sobre un punto tienen consenso unánime: ni la lógica de la fragmentación ni la de la homogeneización son ineluctables. Y es la menor de las paradojas de la globalización este doble anclaje en el mercado mundial y en las aspiraciones comunitarias a la vez. Esta tensión es particularmente fuerte en las redes transnacionales y juega en su favor (Colonomos). Situados permanentemente en el punto de confluencia entre las dinámicas transnacionales y las lógicas locales, se benefician de un margen de maniobra que les permite “irrigar simultáneamente muchos sectores de la vida política, económica, social y cultural” (ciertos movimientos religiosos, ciertas ong, las compañías multinacionales). Practican, a su turno o simultáneamente, el rodeo del Estado o su participación, introducen formas de expresión intermediarias “entre conformidad y desacuerdo”, orden y desorden.

La pluralidad de los actores, la comprensión del tiempo y del espacio favorecen la circulación de las ideas. Una “verdadera industria de la promoción democrática ha visto la luz del día”, organizada alrededor de polos públicos y privados, nacionales e internacionales (Santiso). Parece demostrarlo el hecho de que las

ideas juegan un papel sobre la escena internacional del mismo modo que los intereses. Pero las relaciones de causalidad entre su difusión y los cambios políticos intervenidos, en América Latina o en Europa del Este, son difíciles tanto de cercar como de explicar. La política tiene sus propias temporalidades. La democracia, en particular, está más centrada sobre el presente que sobre el futuro, no obstante los discursos sobre la urgencia y la puesta en marcha de fuerzas de acción “rápida”.

En última instancia, la pregunta de los regímenes políticos y de la democracia se encuentra en el corazón de la reflexión. Salamé y Hassner se muestran escépticos con respecto de la proposición largamente difundida allende el Atlántico según la cual la democracia conduce a la paz. No consideran menos que la debilidad simultánea de los Estados y de las sociedades civiles oculta un potencia totalitario y “democida” más peligroso que la cotización de los armamentos y las rivalidades entre Estados (Hassner). ¿Cuál es la estrategia posible para enfrentar este peligro? Los estrategas de la era bipolar habían acumulado escenarios sobre las guerras virtuales, imposibles, dejando a los antropólogos la responsabilidad del sentido de comprender las guerras reales (Salamé). Se encuentran relativamente desprovistos en el presente, pues la noción de riesgo, difusa, despolitizada, “inconmensurable” ha reemplazado la noción de amenaza que implicaría la paridad entre adversarios claramente identificados. Estados Unidos, en ocasiones presentado como el “último imperio universal”, han encabezado una revolución militar esencialmente tecnológica (armas convencionales “inteligentes” y “revolución de la información”) destinada a poner el pie a los Estados “tramposos” (Le Gloanec). Después de todo lo que se ha dicho, ¿se podría sostener una lectura americana del mundo?... Las contribuciones de Salamé, Bigo, Hassner muestran la evidencia de cuán peligrosa sería una dimisión tal, tanto para la comprensión del mundo como para su funcionamiento.

La exploración de múltiples acontecimientos ofrecidos por estas nuevas perspectivas plantea serios problemas de método. La nueva agenda de investigación expuesta en esta obra sale de los cuadros impuestos por los famosos debates –primero, segundo, tercero o cuarto– en los que ha estado encerrada la teoría de las Relaciones Internacionales y que, de todas maneras, jamás han interesado mucho a los internacionalistas franceses. Muestra la necesidad de un

esfuerzo de conceptualización que tome prestado todo, tanto de la antropología política como de la sociología de las movilizaciones, de la economía política internacional, o de la reflexión sobre el Estado y de la filosofía política. La especialidad del CERI, o especialistas de “áreas culturales” y especialistas de Relaciones Internacionales que cooperan cotidianamente, siempre ha sido combinar permanentemente a las diferentes ciencias sociales, y de considerar la ausencia de autonomía de las Relaciones Internacionales en Francia no como un handicap para el desenvolvimiento de la disciplina, sino como una ventaja. Pero el desafío a vencer está a la altura de la ambición proclamada y la próxima etapa no será franqueada más que a partir de sólidos estudios de caso.

## Bibliografía

Anderson, Perry. *Passages from Antiquity to Feudalism*: New Left Books, Londres, 1974.

\_\_\_\_\_. *Lineages of the Absolutist State*: Routledge, Londres, 1974.

Ashley, Richard y R. B. J. Walker (ed.). “Speaking the Language of Exile: Dissidence in International Studies”, en *International Studies Quarterly*, núm. especial, 34 (3), septiembre de 1990.

Banks, Michael. “The Inter-Paradi

---

\* Traducción: Alfonso Sánchez Mugica

[1] Artículo intitulado “Crachs in the Monolito: Possibilités and Patterns of Disintegration in Totalitarian Systems”, citado por Philip Everts, p. 65.

[2] Entre los numerosos manuales de introducción a la teoría de las Relaciones Internacionales en inglés, se consideran como particularmente útiles los siguientes: Dougherty y Pfaltzgraf, Groom y Light, Olson y Groom y, para los lectores más avanzados, Booth y Smith. El único manual comparable en francés es el de Korany, viejo, pero de calidad y siempre muy útil. En Brillard y Djalili y en J. J. Roche, se pueden encontrar una buena introducción a los principales enfoques.

[3] Dicha pregunta esta expuesta en un artículo famoso de David Singer. Sobre la manera en la que el problema es encarado actualmente, véase Barry Buzan. “The Level of análisis Problem in

internacional Relations Reconsidered”, en Booth y Smith (pp. 198-216). [N. Del T. Para el caso mexicano vid los artículos de María Luisa Cabral. “El Estudio de las Relaciones Internacionales”, en *Relaciones Internacionales*, núm. 16, México, enero-marzo de 1977, pp. 17-25; y Graciela Arroyo Pichardo. “El carácter disciplinario de las relaciones internacionales y su estructura dentro del nuevo plan de estudios”, en *ibidem*, pp. 27-50, entre otros.]

[4] Giddens, Wendt, Carlsnaes.

[5] Se encontrará una buena exposición de estos términos del debate en el libro profundo (pero un poco difícil) de Hollis y Smith y de las referencias bibliográficas en el capítulo 17, “The Epistemology of internacional Relations” por Nicholson y Bennet en Groom y Light.

[6] Para una crítica sistematizada de este tipo de posmodernismo, véase Pauline Rosenau.

[7] Y. Lapid. “The Third Debate: on the Prospects of Internacional Theory in a Post-positivism Era”, en *Internacional Studies Quarterly*, 33 (3), 1989, pp. 235-254.

[8] Sobre la utilidad de los métodos cuantitativos, véase Merle, pp. 104-118.

[9] Para una reflexión sobre estos temas y sobre la famosa distinción entre las tres visiones respectivamente inspiradas por Hobbes, Grocio y Kant, véase Pierre Hassner (“La guerre et la paix”, pp. 23-61).

[10] Para una presentación más profunda del enfoque en términos de “sociedad mundial”, véase Olson y Groom (cap. 9).

[11] Furtado, Cardoso, Faletto, Samir Amin, Gonder Frank, Wallerstein que se dice heredero de estas escuelas. Para una descripción de este enfoque, véase Coussy.

[12] Es interesante observar que poco después, en la misma época, Jean-Francois Vallart también releyó a Gramsci y utilizó la noción de “bloque histórico” para analizar el funcionamiento del Estado en África.

[13] En una obra posterior, James Rosenau ha explorado los diferentes escenarios del orden mundial que pueden surgir de la tensión entre los fenómenos de integración ty fragmentación simultáneamente. Propone el concepto “fragnegration”, perogrullada poco eufónica.